

Murcia. Un mes. . . . 1 peseta.
Resto de España, un trimestre. . . . 3.50 id.
Precio de la venta 5 céntos. ejemplar y 25, 75 céntimos

Redaccion y Oficinas: SELGAS, 4. - MURCIA.

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año II

MURCIA.-Lunes 8 de Abril de 1907

Núm. 187

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES
A PRECIOS SEGUN TARIFA.
TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS
DEBEN DIRIGIRSE
AL DIRECTOR GERENTE
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Entrevista de reyes

Las miradas de todos fijanse hoy día en la famosa entrevista de Eduardo VII y Alfonso XIII en el puerto de Cartagena. Quienes se dedican a sacar consecuencias de los hechos que se realizan, unen esta conferencia de los dos soberanos europeos a los sucesos que se vienen verificando en el Mogreb, para deducir, no sabemos si con lógica peregrina ó racional, que ahora quedará convenientemente aclarada la actitud que mantendremos en el conflicto y de la cual, como es natural, se aguardan excelentes frutos de bendición.

No obstante, otros, los que no se dedican a los pronósticos, aseguran con la formalidad de la indiferencia que de un acto de pura cortesía no es dable sacar deducciones aventuradas; reñidas con el espíritu frío y razonador de los ingleses.

Sin poder afirmar ninguna de ambas cosas, ya que existen motivos mas que sobrados para desmentirlas ó afirmarlas, según se quiera, hay que convenir en que los españoles, aún comentándola a su gusto, miran la entrevista de los dos reyes con crecientes simpatías, pues esperan de conferencias como ésta el cambio de las prácticas gubernamentales que por costumbre inveterada se siguen en nuestra nación, haciendo que cada cosa tenga el sitio que por derecho le corresponda y no el que se le asigne caprichosamente a mandatos de este ó aquel político.

La entrevista de Cartagena de manera tal ha despertado la atención, que no tan sólo en España se preocupan de ella, sino también en el extranjero, particularmente en Francia, en donde ha robado buena parte de la curiosidad pública al asunto Montagnini. Allí, más que nada, se ve del lado que para el momento se está dando, que tendrá si sus temores encarnan en la realidad. Ya desde hace días los periódicos vienen ocupándose con motivo de la ocupación de Ujda de que no conviene infundir sospechas a España, pues el más chico recelo, para salvar sus intereses, hará la política alemana y entonces todas las ventajas conseguidas por Francia se perderán de modo lastimoso; pero ahora, sin ningún género de dudas, arrearían los pesimismos de manera formidable, extendiéndose la opinión de los que juzgan por estas tierras que la conferencia, a más de la cortesía, tiene una segunda parte política, relacionada con nuestro porvenir en Marruecos.

Y son explicable esos temores, aunque a la postre no resulte nada. Hasta lo presente nosotros hemos sido buenos chicos, querenciosos del «statu quo» y conservadores en extremo; no hemos adoptado ninguna precaución en nuestras posesiones africanas cuando existía peligro, por no dar que decir; no hemos intentado la penetración pacífica por medio del comercio, por no disgustar a alguien, cuando nos han secuestrado un súbdito ó le han dado muerte; nos hemos contentado con las explicaciones convenientes, pues una medida como la francesa nos hubiese costado incommensurablemente caro, cuando alguna nación hizo algo allí aventurado; nos encogimos de hombros y la dejamos hacer, y cuando nuestra situación nos obligaba a mostrar que no somos un país muerto, las cancillerías funcionaron, advirtiéndonos que el «statu quo» obligaba a esto ó a aquello. Así hoy día, cuando el temor hace ver consejos y protecciones en lo que, quizás no sea nada importante, una ráfaga de desconfianza corre por el país de nuestros amigos transpirenaicos.

Para nosotros, de cualquier modo que sea, siempre resultará conveniente la entrevista de Cartagena. Mientras que los aires modernamente europeos no cambian la atmósfera mofética que nos enviene lentamente, nunca seremos nada. La costra de prejuicios que nos rodea y acapara es mejor que nuestra voluntad; todo lo más que podemos hacer es pernear con desesperación, haciendo reír con nuestros ademanes grotescos.

Con la repetición de estas visitas, poco a poco nos iremos haciendo a sus costumbres y quien sabe si así nos transformemos. Como lo aguardamos todo de nuestra «actividad y buena intención», no habrá que señalar el lugar que nos corresponde en el concierto de los pueblos libres. Tendremos señalado nuestro puesto junto a un imperio vecino.

Madrid al día

(De nuestro redactor-corresponsal)

En los momentos en que escribo se halla reunida en el Congreso la Junta Central del Censo, que discute punto tan interesante como si los alcaldes nombrados últimamente por el gobierno según el novísimo procedimiento practicado por el Sr. Maura, pueden intervenir en las funciones electorales.

La cuestión como se ve, es transcendental, y pudiera sobrevenir una resolución de aquel organismo que sirviera de saludable freno para las demasías del poder ejecutivo, y estimulase en los gobernantes, inspiración sus resoluciones, la prudencia y moderación que tan olvidadas vienen en estos últimos tiempos.

No es ahora ocasión de discutir la legalidad ó ilegalidad con que se ha procedido en esos nombramientos, tratado está el tema, y aunque el presidente del Consejo se aferre en que su criterio es perfectamente lícito y constitucional, son muchos los argumentos que se han hecho para demostrarle que tal manera de proceder ha sido—y el calificativo es bastante suave—irregular cuando menos.

Apoiada en esta consideración, la Junta del Censo intenta un acuerdo que, para los interesados y parciales que los han motivado, hiciese aquellos cambalacheos ineficaces.

No hay que decir que, tal resolución tendría una resonancia inmensa. Sería ello una admonición severa, un palmetazo formidable, que la Junta—Suprema autoridad en materias electorales—impondría en las manos pecadoras y torpes de este Gobierno temerario.

No hay sin embargo garantías definitivas de que así vaya a suceder. Los conservadores que forman parte de la Junta están luchando donosamente, y no pueden aventurarse cual sea la tendencia que al fin vaya a prosperar.

Hasta ahora, dos de los puntos que la Junta Central lleva examinados, han sido resueltos por empate. Uno se refería a la facultad de los presidentes de Mesa, para exigir, en caso de duda, la cédula a los electores, y otro a si podrían igualmente impedir que un individuo emitiese su sufragio. En ambas cuestiones han votado a favor los liberales, ayudados de algunos liberales, y en contra los elementos de la izquierda, (Salmerón, los demócratas, y dos ó tres liberales más). En resumen, T contra T.

Lo único que se ha acordado ha sido que las Juntas locales no puedan abrir las actas de escrutinio, enviando los pliegos lacrados, tal como los reciben a las Juntas de escrutinio.

RAFAEL MAROTO.

5 Abril 1907.

SILUETAS

El hombre de los gestos

¿Queréis saber la historia extraña de un pequeño estorco que filosofa a gestos? Oídme:

Un tiempo, preocupadas imaginaciones idearon que un cierto desván adecentado con fines altruistas, habría de servir oficio con las telarañas del olvido para depósito de los despojos sin número de «la cartulina» epidemia crónica desde la aparición de los tan famosos cartelitos emblema ridículo de tan falsa moralidad.

Diéronse prisa los más esclavos del «origen-naipe» en sus gestiones humanitarias y tras correrías y profundas cavilaciones, vinieron en convenir que sus saúces llenos de sentimiento y sin mármoleos panteones, mansión silenciosa de los tristes que fueron, bien podía ser el histórico desván urbanizado para albergar trágico de caras asustadizas, de caras complacientes, de caras iluminadas de gozo; caras de puntos gananciosos, de amargados por la persecución de la desgracia de intranquillos «croupiers».

Y dispusieron de tal suerte la festiva tragi-comedia y con tanta abnegación disertaron sobre el asunto y con tanto calor, que la mansión estuche de trágicas caras y de deocos cargados de rancia quincallería y de asustadizas «croupiers», hubo de convertirse en sarcasmo por virtud de una intrusión de mesa profana cargada de prosaicos comestibles.

Sucedió que un fiel vasallo del «origen-

naipe» que en el éxtasis contemplativo de las gallardas «sotas» sintió el despuntar de los dientes; en el hazazo de su ecuestre misión de limpio concibió el fenómeno de pensamiento de buscar en los relumbros de la pirita, la aurífera tonalidad olvidada de las bellas peluconas que cargadas en el carro de la suerte, fueron arrastradas hasta lo invisible por la fatalidad de las malditas contras.

El fausto acontecimiento de tan preciada conversión había de ser forzosamente solemne y para mayor escarnio del pasado, allí lo fué donde el imperio secreto de «la cartulina» fuera soñado y las tristes fantaseadas de la emansión, dedicada a las víctimas de fatalidad trocóse en súbita alegría por la mediación de unas botellas y por imperativo mandato de la interior satisfacción.

Yo pude observar complacido. Era al final del festín. Sobre el mantel salpicado de grandes manchas había restos de viandas, cosas volcadas como simbolismo de germinadoras alegrías, cajas de espléndidos tabacos, un retrato de dama opulentamente bella y descaradamente escocada.

Sobre el tapete oscuro, en una esquina de mesa cuidadosamente descubierta, ostentaba su gravedad un trozo desgastado y mohoso de herradura.

Se hablaba de pirita, de sicalipsis y de «la cartulina».

El iniciado en la nueva extraña vida de trabajo, un hombrillo pequeño de duras facciones y vivo persistente gesticular, manoteaba frenético y autoritario, chillando el estupor que en su ser todo ponía la perspectiva de la vida nueva.

Hubo secretos maliciosos; las sentencias rigurosamente indispensables que el lenguaje enigmático de la vieja herradura confirmaba.

Pausadamente, estudiando mucho las palabras, se abesoro con viente de jabalí brindó por el triunfo eterno del «naipe» feliz compañero de su vida; un ataviado doncel de aspecto tenorresco puso solemnemente sus pecadoras manos sobre el rostro risueño de la dama en fotografía y brindó por el reinado eterno del amor en las fronteras de la sicalipsis.

El juró trabajar la pirita alejado exóticamente de los imperios del «naipe», volvió la espalda y lentamente, pesadamente, se alejó.

En el fondo del salón elegante, alrededor de una pequeña mesa hormigean unos hombres ávidos en montón.

Sobre el tapete verde se destaca incitante la fatalidad de las cuatro cartas tentadoras. El hombrillo de los gestos sigue inusitadamente los movimientos pausados del «croupier». Viene la sota; la sota fatalista de toda la viola, y la última postura se pierde con la última esperanza.

El hombre de los gestos se levanta melancólico, llega hasta la vitrina, busmea en la penumbra del atardecer, en su rostro hay una expresión indefinible, hastiado de todo se deja caer pesadamente en una butaca heroicamente resignado y los labios inqjetos, eternamente expresivos juegan nerviosos con el mondadientes viejo blason de la chulepía histórica de la sierra, mientras allá, en el caos de su cabeza, el pensamiento tal vez forja entre montones de pirita un rincón silencioso donde los pies de la sota contraria asomaron trágicos.

La Unión.

FEDERICO A. BRAVO.

Literatura

«En serio y en broma». Poesías por Carlos Cano. Precio: tres pesetas. Murcia.

El Sr. Cano (D. Carlos), poeta conocidísimo por su inspiración y vis cómica, ha reunido en un volumen muchas de sus poesías últimas, y, añadiéndolas a otras publicadas en un libro hace años, las ha ofrecido al público con el mismo título que entonces.

Este libro, que basta para acreditar a cualquiera, sólo ha de producir en el lector una cosa, conocida por demás: reavivar en él el recuerdo de que el notable poeta, muerto Manuel del Palacio, es el único que conserva aquel sacro fuego que hizo temblar el nombre del insigne vate, llevando a todos la convicción de que una saeta poética produce más destrozos que una lanzada.

A Carlos Cano, valiéndose tanto como iro-

nista, hay que considerarlo también como poeta serio, pues en verdad que su musa no es de las que se petrifican en las frivolidades de lo festivo. Cuando el notable vate quiere producir en el lector un sentimiento de amargo dolor, no tiene más que abrir su corazón, herido por un pesar acerbo, para que enseguida se produzca esa afinidad entre autor y público que caracteriza a los poetas de verdad.

En serio y en broma es un libro para todos, donde cada cosa tiene su lugar. Como sucede en la vida, junto a un dolor se ve algo festivo, unido por una idea preestablecida, que enjuga con la retazona mordacidad de su alegría la lágrima que produjo el recuerdo de un dolor, de una pena. Así Carlos Cano triunfa por igual en lo serio que en lo alegre.

He aquí algunas muestras de su inspiración:

En la playa

Como al rugir el vendaval, las olas se agitan con estruendo, así se agitan en el alma mía sin cesar los recuerdos. Cesa la tempestad, la calma torna y el mar queda sereno. ¡Sólo las tempestades de mi alma no tienen nunca término!

Dos lágrimas

Como la perla que esmaltó el rocío sobre el tierno botón de una azucena, vi una gota de llanto que serena dejaste resbalar a su albedrío.

Yo la miré con loco desvarío y, de tu pecho al descubrir la pena, rompiendo el dique que mi llanto enfrena otra gota brotó del pecho mío.

Lágrimas ambas al dolor nacidas de aquel amor de nuestra vida encanto, brotaron y murieron siempre unidas; y fué de mi dolor consuelo santo, ver resbalar unido nuestro llanto.

En la muerte de Carlos

(Mi hijo primogénito)

Ansiado fruto del amante anhelo que unió dos almas al dolor ajenas, brindando frutos y abuyentando penas un ángel a mi hogar tendió su vuelo.

Mi orgullo fué, mi gloria y mi consuelo, y al lado suyo, de venturas llenas viendo las horas resbalar serenas, hallé en la tierra el suspirado cielo.

A su hermosura y su candor rendido, —«Si te murieses tú, me moriría»— exclamaba besándole dormido.

Y murió... ¡y en mis brazos lo tenía! ¡Mentido fué mi afán, mi amor mentido! Le vi morir... ¡y vivo todavía!

El recuerdo de aquel ser alma de su alma arrancado a la vida cuando todo le sonreía, produce en el libro del notable poeta un rafagueo de sentimiento que pone en todos los espíritus algo del triste pesar que conmueve las fibras del amante padre, haciendo que todos los corazones se aflijan con un dolor que, al cabo de varios años, aún tiene la misma intensidad que el primer día y que arranca tales gemidos al que no tiene que reprocharse nada, a menos que no sea poseer un corazón abierto a todo lo noble y generoso.

Mas se sigue un poco más ¡y qué salto se nota! ¡qué asombro no se experimenta al ver que el ironista tiene mordacidad aún para burlar un rato con desenfado! Aquí está la prueba.

Cuento viejo

Vacó una plaza de sochantre un día y acudieron a hacer oposiciones un burro de muchísimos palmos y un cerdo que una orquesta dirigía.

Cantó el cerdo probando su valla, después dió al aire el burro sus canciones, y acompañando sus trineados sonos, la cola de alto abajo sacudía.

—¡Basta!—dijo del modo más rotundo el jurado.—La plaza es sin disputa del burro ó no hay justicia en este mundo; pues su cola a su voz marcando ruta prueba que, a más de ser bajo profundo, sabe llevar al pelo la batuta.

Carlos Cano tiene eso. Como es un poeta de verdad, cuando quiere, rie, y cuando quiere llorar, deja hablar a su alma, y llora. Eso lo distingue de muchos rimadores que nunca llegarán a ser nada.

R. de V.

CUENTO

En la sombra

(Continuación)

En tan inútil demanda habría transcurrido un cuarto de hora, cuando desde el ángulo de una callejuela contigua una vieja exclamó acremente:

—¡Carmela, Carmela, ven aquí! ¿Qué diablo haces?

—Voy, voy—respondió apresuradamente la auxiliadora.

Pero antes de alejarse se quiso justificar con el hombre, que indudablemente se sentía mejor y había suspirado de la indiferencia de la gente.

—Tengo que irme, buen hombre. Soy muy pobre también, y si no llevase esta maldita vida, no tendría con que dar de comer a mi pequeño. ¡Es por él, por él solo!

En aquel instante un niño macilento, que llevaba tan solo una camiseta agujereada y que apenas se sostenía sobre sus piernecillas frías y desnudas, llegó vacilando y se agarró a la falda de su madre.

—¿Ve usted?... ya está aquí—añadió Carmela.—Es bueno, nunca pide nada; pero en conciencia no puedo dejarle morir de hambre. Bien sabe usted que el hambre es la peor de las enfermedades, y este pobre ángel de Dios no tiene más que a mí.

El niño lorizqueaba; ella trataba de entreterle.

—Chitón, chitón, mamá te compró. Le cogió en brazos acariciándole y besuqueándole; después, volviéndose hacia el resucitado, añadió:

—Oiga usted, buen hombre: vivo allí a la vuelta de aquella callejuela; la primera puerta de la derecha, junto al establo del vaquero. Suba usted si no salgo. Cuando pase; si no tengo un pedazo de pan ó un pedazo de queso que más he de decir... la intención es buena. Esperemos a que la Virgen del Carmen nos ayude a los dos.

La vieja vociferó de nuevo desde lejos:

—¡Maldita carmela ¿vienes ó no vienes?

—Voy, sí, voy. ¿Porque chillan ustedes así? Es preciso algo de condescendencia.

El hombre siguió a Carmela con el raballo del ojo, hasta que llegó al lado de la vieja y se internaron juntas en la callejuela indicada.

Los raterillos permanecían allí sin intención de alejarse. El enfermo les miró de reojo y apretó los dientes.

Uno de ellos exclamó riendo: —¡Uy cuanto gasto hace! Parece un animal.

La castañera se enfureció, y moviendo el adiposo abdomen, amenazó a los vagabundos:

—Si no os largáis, os echo en cima todas las brasas del hornillo. Dejadle estar; ¡no veís que este desgraciado no ha pedido ni un céntimo!

La amenaza surtió un efecto inmediato. Los rateros emprendieron la fuga: El hombre quedó solo; la vendedora le preguntó:

—¿Corazón mío, tiene usted fuerza para levantarse?

—Si, tengo fuerza—murmuró el agredando una flusfemia.

—Paciencia, corazón mío, paciencia. No ofenda usted a Dios, que es pecado.

El se levantó, y mientras la vendedora se disponía a llenar de castañas calientes el saquito de una criada, huyó sin que ella le viese dirigirse a la casa de Carmela. Junto al ángulo del callejón, desde donde la vieja la había llamado poco antes, se apoyó en la esquina del mur para no ser visto en la obscuridad de la solitaria calle. La puerta de la habitación de Carmela estaba cerrada. Al lado, sentada sobre un banquillo